

E. MIRET MAGDA LENA

No hay cosa mejor que escuchar o leer lo que dice un extranjero acerca de nuestra religión y de nuestra Iglesia, para percatarnos de lo que estamos viviendo todos los días y apenas nos damos cuenta. En poco menos de un mes, dos escritores católicos franceses se han ocupado de nosotros. El famoso y fino teólogo abbé René Laurentin escribió en el periódico *Le Figaro* una visión de España católica que titulaba así: "Tras una Iglesia de cristiandad, una Iglesia misionera".

Este teólogo-periodista opinaba que el libro que todos los sacerdotes jóvenes tenían en España en su mesita de noche era el famoso "Francia, país de misión", que tuvo auge en el vecino país hace un cuarto de siglo. Sin duda, estos sacerdotes se maravillarán de esta tajante afirmación, cuando el citado libro apenas es leído en España en estos ambientes progresivos; pero la idea es cierta, ya que hoy muchos pensamos que España está evolucionando hacia una Iglesia misionera, aunque todavía tiene muchas reliquias de una Iglesia de cristiandad. Lo que sí es cierto es que el país —y sobre todo amplias minorías conscientes, de seglares y sacerdotes— ha adoptado una postura abierta y progresiva en lo religioso, y que los obispos han evolucionado en estos tres últimos años de una manera que a los extranjeros sorprende. Sin embargo, la visión del abbé Laurentin es menos completa y viva que la del secolar católico Robert Solé en el periódico *Le Monde*. Este hace un análisis panorámico —en general acertado— de lo que le parece a él la nueva situación de la Iglesia en España.

Los españoles que lean este trabajo, que abarca una página completa del citado periódico francés, tendrán buena materia de reflexión en este retrato que hace de nosotros.

Recuerda el avance que el episcopado español ha dado en estos últimos años hacia una postura más abierta. El paso de la Secretaría de la Conferencia Episcopal, pasando de la personalidad conservadora de monseñor Guerra Campos al también eficaz y no menos inteligente, pero de centro moderado, monseñor Elias Yanes, es todo un síntoma de este cambio. Por eso, muchos católicos pensamos que el episcopado español ha pasado en su mayoría de una situación conservadora cerrada a una situación de centro moderada, si es que se pueden aplicar estas denominaciones a la Iglesia, aunque yo creo que son suficientemente realis-

tas en la práctica. Otro proceso en nuestro clero es que el número de vocaciones ha disminuido considerablemente en los últimos años: estudiantes y nuevos sacerdotes ordenados han bajado aproximadamente a la mitad. Además, en el conjunto del clero español existe el gran desfase por carecer de edades maduras intermedias a causa del periodo de nuestra guerra civil. Existe una fuerte minoría de menos de cuarenta años y otra minoría, cada vez menor, de más de cincuenta y cinco años que tiene todavía bastante fuerza entre la masa media espa-

LA RELIGIOSIDAD ESPAÑOLA

ñola, sobre todo de aquellos que conocieron nuestra guerra civil desde una postura de derechas.

Todo el cambio se empezó a producir durante el Concilio Vaticano II y siguió en el posconcilio. Esta fue la época de apertura de nuestros movimientos de apostolado y del clero, sobre todo joven, que indudablemente produjeron una impronta en el país, con un poco de sorpresa en nuestras masas conservadoras religiosas.

Lo que no cabe la menor duda es que eso que se ha llamado nacional-catolicismo está en su ocaso, como dice Robert Solé. Se tiende a sustituir esta fe nacional por una fe personal.

Sin embargo, me parece demasiado optimista la frase de este periodista francés cuando dice que "el pueblo español permanece profundamente religioso". Es verdad que nuestra religión tradicional tiene todavía mucho predicamento entre las personas maduras de todo el país, pero es necesario preguntarse —como han hecho varios obispos— hasta qué punto esta religiosidad es claramente cristiana. Mi opinión —como la de estos obispos— es que se trata mucho más de una religiosidad semisupersticiosa, semimágica, de conveniencia social y de folklore que de otra cosa. Y cuando algunos se asustan del peligro que puede suponer para estos católicos una predicación renovada y progresiva, es necesario pensar que su escándalo es un escándalo que no debe ser respetado, porque parte de una confusión entre dudosa religiosidad y fe cristiana, ya que los católicos de la masa gozan de un

egoísmo material a corto plazo como principal móvil de sus actos, sin apenas preocupación social. Nuestro vicio católico es el individualismo egoísta.

Lo que sí ha ocurrido es que amplios núcleos de católicos avanzados, muchos de ellos apóstoles seglares, o han abandonado la fe católica, o se encuentran en una crisis personal, o se desentienden del mecanismo institucional de la Iglesia. Se encuentran decepcionados de la lentitud con que la estructura eclesiástica oficial va evolucionando. Dándose la paradoja, como ha sido frecuente desde el siglo pasado, de que muchos son más creyentes de apariencia que de realidad, y precisamente los creyentes de apariencia son todavía en demasiadas ocasiones los creyentes oficiales. En cambio, muchos inconformistas en el plano religioso son los que todavía conservan fe cristiana, a pesar de su inconformismo exterior. La única lástima —para los que todavía queremos ser creyentes— es que este grupo de creyentes abiertos no han crecido con la amplitud deseada, porque demasiados se han quedado en el camino, totalmente desanimados de lo que ven exteriormente.

No sólo hacia yo esta reflexión con la lectura del artículo de Robert Solé, sino que rememoraba la de nuestros intelectuales krausistas del siglo pasado y principios de éste, que en conciencia se sintieron apartados de la estructura eclesiástica existente en el país cuando se publicó en Roma el desacertado catálogo de errores modernos llamado *Syllabus*, cuya actual lectura debiéramos hacer todos ahora para comprender el salto que oficialmente se ha dado desde ese documento a los del Vaticano II. Pero siempre con la tristeza de que el salto se dio excesivamente tarde, como todos los saltos religiosos que damos en nuestro suelo. La lectura de don Julián Sanz del Río, de don Gumersindo de Azcárate y de don Francisco Giner sería una buena meditación para los católicos actuales. Sobre todo, la patética confesión del profesor decimonónico Gumersindo de Azcárate en su "Minuta de un testamento". Allí veríamos reflejadas nuestras angustias personales ante la estructura eclesiástica y ante el retrogradismo católico oficial de nuestra Iglesia.

Sin duda, todo esto debe llevarnos a pensar que la Iglesia, si quiere ser algo, tiene que ser más un movimiento vital que una estructura acabada y grandiosa, por democrática que se la suponga.